

## Homenaje al académico doctor Clemente Robles con motivo del cincuentenario de su ingreso a la Academia Nacional de Medicina

### I. Presentación

FRANCISCO DURAZO\*

Como presidente de la Academia Nacional de Medicina me siento orgulloso de tener el privilegio de pronunciar unas palabras sobre un médico, maestro, funcionario y cirujano extraordinario, a quien hoy con justicia nuestra corporación -la que presidió en 1948 y que en 1978 le concedió el rango de miembro honorario-, le rinde homenaje en ocasión del quincuagésimo aniversario de su ingreso a ella.

En aquella fecha, que hoy conmemoramos, don Gonzalo Castañeda dijo en su allocución de bienvenida, dirigiéndose al recién ingresado: «lo felicito a usted, su presente es ya honroso, pero será mejor su porvenir; aspira usted a la fama, haga escuela como Ignacio Chávez, que ha formado una generación que heredará su experiencia y saber; investigue como Ignacio González Guzmán, para que acreciente el caudal de ciencia vernácula; usted sabe bastante, pero es más lo que le falta por aprender; venga usted a las sesiones para que se impregne del juicio y la ponderación quirúrgica de Rosendo Amor; para que se nutra de la habilidad y el hacer de Gustavo Baz; admire el dominio de Darío Fernández y la inventiva de Rivero Borrell, acérquese a los príncipes, aquí está el parnaso de la medicina, aquí probará un pan hecho con harina de flor».

Para entonces, el maestro Robles era ya un cirujano muy respetado, inmerso en la neurocirugía y preocupado ya por los pacientes con cisticercosis cerebral, que representaban cuarenta por ciento de los casos neuroquirúrgicos.

Sorprendería su destreza, manifiesta en sus intervenciones de cirugía general, lo mismo operando un

estómago que un tiroides o una matriz. Daba la impresión de poseer un carácter recio, con un trato enérgico, pero con sentido del humor. Los que posteriormente tuvimos el privilegio de ser sus discípulos y de disfrutar de su amistad, sabíamos que no era más que una profunda preocupación por resolver satisfactoriamente los graves casos a él encomendados; detrás estaba su espíritu insaciable del hombre comprensivo y respetuoso de sus semejantes.

En el tercer curso de clínica quirúrgica pude advertir sus dotes de clínico sagaz y su metodología estricta en el estudio del enfermo, antes de la cirugía y después de ella, en la vigilancia postoperatoria. Su apreciación de los fenómenos biológicos reflejaba la huella de su paso transitorio por el Instituto de Biología, en donde recibió las enseñanzas del maestro Isaac Ochoterena.

Se han cumplido ya cuarenta y seis años desde que, junto con Efrén del Pozo y Aquilino Villanueva, me consideré apto para ejercer la medicina. Y han transcurrido cincuenta años desde aquella memorable fecha en que siendo aún estudiante de tercer año y en forma simultánea técnico del laboratorio clínico, entonces a cargo de don Ignacio González Guzmán, se me comisionó para realizar en el pabellón siete los análisis del líquido cefalorraquídeo y serológicos de sus pacientes, en un pequeño laboratorio situado frente a la ropería.

Puede advertir de inmediato que aquel servicio era distinto; se respiraba un ambiente de intenso trabajo, de disciplina férrea, de gran organización; en todas las acciones se percibía la mano firme del jefe, como sólo acontecía en muy pocos servicios a cuyo frente se encontraban las grandes figuras de la medicina

Presentado en sesión ordinaria de la Academia Nacional de Medicina, el 10. de agosto de 1990.

\* Presidente. Academia Nacional de Medicina.

mexicana, que fueron pioneros de las especialidades médicas: la urología, la cardiología y la gastroenterología.

Ya al dedicarme al ejercicio profesional, sin más apoyo que mi reducido acervo de conocimientos, pude advertir que durante los años que fui su colaborador me impregné de su disciplina en el trabajo, de su entrega a la profesión y de su permanente deseo de superación.

Vuelvo la cara hacia el pasado y me felicito de haber llegado a su servicio en esa etapa en que las neuronas están en condiciones de favorecer el aprendizaje, lo cual ha significado en mucho una directriz y un rumbo en mi temprana actividad profesional.

Durante su gestión como director del Hospital General tuve la fortuna de ser uno de sus colaboradores, desde la jefatura del laboratorio clínico. Su apoyo decidido me permitió realizar la completa reestructuración de éste, tanto en su planta física como en su organización y equipamiento; estos cambios siguen vigentes.

No quiero extender más estas remembranzas, pues los doctores Quijano, Rivero y Vargas Tentori nos hablarán de la amplísima actividad del doctor Clemente Robles como cirujano, médico y funcionario.

Finalmente, deseo expresar mi satisfacción por estar aquí presente en esta fecha memorable, uniéndome a mis compañeros académicos en este homenaje, y expresarle al doctor Clemente Robles mi gratitud, afecto, y admiración.

## II. Clemente Robles: cirujano

MANUEL QUIJANO\*

Me toca decir unas palabras acerca del doctor Clemente Robles, el cirujano. Me será fácil porque se trata de alguien a quien he conocido por más de cuarenta años, dentro y fuera del quirófano, ya que en todas partes y en todo momento el doctor Clemente Robles muestra la impronta del cirujano; es decir, la del hombre que prefiere la acción, que se rehúsa a regodearse con las hipótesis y a quien le disgustan las situaciones de duda. Debo confesar cierto escepticismo respecto a esas afirmaciones que hablan del origen precoz de las vocaciones, pero que en el caso del doctor Robles esto sí puede asegurarse. No fue por azar que escogió como especialización la rama de la medicina que

ofrecía la precisión y reclamaba un espíritu práctico; que le permitía la tranquila autoridad que brinda la certidumbre.

De cabeza fuerte y ancha arquitectura corporal, tenía más solidez que agilidad, y sus movimientos traicionaban una cierta rudeza interior, aun cuando nunca mostró inclinación a la violencia. Fue siempre exigente consigo mismo y con los demás: con sus colegas, con sus discípulos e inclusive con sus enfermos y sus familiares, pero imponía su voluntad sin causticidad y nunca en forma hiriente, aunque claro, habrá habido personas que sentían que esa autoridad frisaba en la tiranía. Sus juicios daban la impresión de estar firmemente arraigados, pero no llegaban a la pasión que los vuelve a menudo imprudentes. Hasta en eso se descubría un sentido práctico y un espíritu avisado como se encuentra en esos hombres nacidos y creados en el campo: lo que no es su caso. Era duro porque no buscaba ser aceptado; no era su pretensión despertar simpatía, lo cual le tenía sin cuidado. No era amable en el sentido vulgar del término, pero todo mundo lo consideraba digno del respeto que le ofrecía.

Recuerdo su estilo personal de operar antes de que se emplearan en forma rutinaria las instrumentistas: tomaba en la mano izquierda una media docena de pinzas hemostáticas, colocaba las manos de los ayudantes en los lados del campo operatorio para poner tensa la piel, hacía la incisión limpia y de un sólo trazo e iba colocando las pinzas que tomaba de su mano izquierda. La disección con tijera resultaba ágil y segura, dada su habilidad y su profundo conocimiento de la anatomía, tan decidida que a veces era tildada de temeraria por algunos cirujanos pusilánimes. En un principio operaba tanto los casos difíciles como los sencillos, como por una necesidad física de acción, porque amaba su oficio y se entregaba a él en totalidad; aplicaba por sí mismo las ligaduras de los vasos, acomodaba los separadores, extirpaba los órganos y finalmente cerraba la pared. Más tarde cambiaron algunas de estas rutinas y aprendió a utilizar óptimamente a todos los miembros del equipo. Tanto en la operación como en el paso de visita o en los pasillos de hospital, no había charla insustancial, no se perdía un minuto, se trabajaba.

A los visitantes extranjeros o ajenos al hospital, que eran bienvenidos, se les mostraba su lugar e implícitamente se les rogaba que no se sintieran libres de movimiento. Cada quien sabía su lugar y las reglas establecidas y, conforme se aprendía el oficio, se reconocían las ventajas de tal proceder; sólo se aceptaban

\* Ex presidente. Academia Nacional de Medicina.

algunas iniciativas, nunca el desorden ni la imprecisión perzosa: el «ahí se va», mexicano.

Su técnica quirúrgica fue siempre neta, decidida y rápida, pero no correteada; ahorra en tiempos perdidos y era partidario de la exposición amplia, aun cuando se requirieran incisiones grandes en una época en que se creían elegantes las pequeñas incisiones.

He dicho que no era dado a filosofar ni a la parlanchinería, pero en forma ocasional durante algunas intervenciones sí gustaba de hacer comentarios políticos o de historia de México, siempre razonados; sus juicios no eran lo que ahora se llama viscerales, pues no experimentaba la necesidad ni el gusto de ser un in-conformista profesional. Decía, en broma, que en un principio lo que desea el cirujano es que el enfermo sobreviva, después que quede bien y finalmente que además de eso el procedimiento salga elegante y hermoso. Con el cabello a menudo despeinado, las cejas un poco enmarañadas usaba hasta principio de los cuarenta, un sombrero de ala arremangada y llegaba a la una de la tarde a la Facultad de Medicina -con zancadas largas y rápidas-, para dar clase de terapéutica quirúrgica.

La primera impresión que uno tenía de él era la de un hombre severo que, a diferencia de muchos otros profesores, no gustaba de discursos inútiles: su verbo era neto, seco y breve, y al hablar sus ojos se fijaban en el interlocutor. Incapaz de afectación, no actuaba para parecer un gran señor, pero sí tenía horror de la falta de compostura, de la vulgaridad ruidosa, del alarde de supuestas virtudes y de la exposición de sus propios sentimientos. Así como despreciaba la solemnidad, era enemigo de hipocresías y combinaciones; su franqueza era dura, sin circunloquios, pero no brutal; no dado a finuras, ironía o malicias, todo lo abordaba en forma simple y directa. Ni demagogia ni familiaridad. En sus raros momentos de humor, fanfarroneaba de sus «defectos», como cuando decía que le había costado mucho trabajo tener fama de insociable para perderla asistiendo a una reunión.

Se recibió en 1929 con una tesis titulada «Contribución a la fisiología y terapéutica de las infecciones peritoneales agudas», en la que se enfocan los fenómenos desde perspectivas dinámicas, de función de órganos, tejidos y células; y se manejan conceptos tales como deshidratación, medio interno, sequestrado de agua, mecanismos osmo-reguladores, pH y equilibrio ácido-base. En perros hace enterogramas, estimula el vago, y después les provoca peritonitis para estudiar la motilidad, las alteraciones anatómicas de la pared, la absorción

intestinal mediante la instilación de diversas sustancias en el intestino y recuperación de las mismas en la orina. Estudia los efectos de la distensión gaseosa, el vómito, la disnea y el hipo, de las funciones hepática y renal y se intriga por los factores tóxicos e infecciosos. Es difícil apreciar ahora lo que en 1929 se requería de esfuerzo, decisión, energía física y psíquica para realizar un trabajo como este.

Desde que era practicante en el Hospital Juárez se distinguió por su afán de aprender y su capacidad para el trabajo, al grado de cubrir las guardias de cualquiera que mostrara deseos de no atenderlas; a los pocos meses de haberse recibido, ingresó como médico interno, pero siguió desplegando una actividad insólita en el medio.

Es común discutir ahora cuál es la formación ideal del cirujano. En tiempos de Robles no era excepcional que los jóvenes aprendieran cirugía operando; es decir, no empezaban a operar después de haber aprendido. En su caso deben haber coincidido los dos métodos. Tuvo como maestro a Rafael Vargas Otero, anatomista de excepción y habilísimo operador que, una vez convencido de la base de conocimientos teóricos y del deseo de progresar de Robles, le brindó apoyo para que adquiriera la experiencia manual necesaria. Ya como interno en el Hospital Juárez se destacó pronto por su técnica, más limpia que la usual, y por su interés en los conocimientos básicos, en un medio que reverenciaba demasiado los aspectos mecánicos de la cirugía.

En 1935 partió al extranjero y visitó los mejores servicios en Estados Unidos y Europa, ya con la idea de dedicarse ulteriormente a la neurocirugía. Al volver se cambió al Hospital General y empezó a integrar el primer servicio de esa especialidad en México. Inició ahí las reuniones multidisciplinarias con neurólogos, psiquiatras, oftalmólogos, radiólogos y encefalografistas, algunos de ellos de fuera del hospital y se realizaron por primera vez en el país muchas técnicas y tratamientos de enfermedades nunca antes diagnosticadas. El mérito recae en Robles, pues fue él solo el impulsor de la idea y el responsable de la realización de ésta. Cuando en 1944 se inauguró el Hospital Infantil fue llamado para ocuparse de la neurocirugía, pues era, si no el único, sí el más preparado y el que poseía características personales que armonizaban con el nuevo espíritu del hospital.

Lo mismo ocurrió en 1946 cuando se inauguró el Hospital de Enfermedades de la Nutrición. Se tenía la idea de realizar poca cirugía, pero de alto nivel,

y Robles pareció contar con más que sobrados méritos para realizar las intervenciones del aparato digestivo, hematología y de glándulas endocrinas que ahí se efectuarían. En 1948 la cirugía gastroenterológica se realizaba en el servicio del doctor Ayala González, especialista muy completo que trataba con éxito cierto número de casos al año, pero no había formado escuela. Fuera de ahí, solamente de una manera excepcional, en algún otro servicio del Hospital General o del Juárez, o algún cirujano privado, se aventuraba a ella.

En Nutrición se empezó con mayor atrevimiento, al grado en que, para la primera aparición del equipo en un congreso nacional -tres años después-, sus series de casos superaban a las presentadas por otros. Pero destaca sobre todo que esas series eran analizadas con un sistema y un rigorismo que se descubriría apenas en México.

En la cirugía del estómago se dominó la técnica, se simplificó el postoperatorio y se mejoraron los resultados. Lo mismo sucedió en la cirugía de vías biliares, de los intestinos delgado y grueso, del páncreas, del recto, del esófago y otras. Después de estudiar a muchos enfermos y entender mejor el problema fisiológico y anatómico-patológico, se inició la cirugía de la derivación porto-cava. Estas operaciones exigían en un principio, un gasto brutal de energía de muchas personas: cirujanos, anestesiólogos, internistas, transfusores, laboratoristas; eran intervenciones que duraban cuatro o cinco horas, en las que se debía improvisar e inventar tácticas, pues no existían experiencias previas de qué alimentarse para copiar o modificar.

La labor del doctor Robles en el Instituto de Cardiología ha sido descrita y analizada por el doctor Fernando Quijano; baste recordar que desde el inicio de su trabajo en esa institución se abocó a problemas nuevos de dificultad creciente, para lo cual necesitó prepararse él mismo, formar un equipo con los cirujanos jóvenes que lo asistían, organizar el servicio médico quirúrgico completo con especialistas en estudio de gabinete, de hemodinamia, cateterismo, determinación de gases en sangre arterial, etc. Hubo que aprender a manejar la bomba de circulación extracorpórea, los respiradores, los monitores de terapia intensiva e intermedia, crear no sólo salas especiales, sino personal especializado de médicos, técnicos y enfermeras que hace eficaz el trabajo de conjunto. Esto, que se dice pronto, representó una labor titánica de habilidad, organización, inteligencia y capacidad de mando.

Iniciar el desarrollo de un campo nuevo en una institución, requiere de un alto grado de disciplina,

de concertación de labores, de rutas críticas, de simulacros, de estudio profundo y de eficacia en muchos niveles. De hecho, el orgullo natural de ser pionero en un país para determinados procedimientos, es producto de esa necesidad de invención, de ese sentimiento de aventura que representa el lanzarse por una ruta en gran parte desconocida.

Mencionaré también, aunque en forma breve, su trabajo en neurocirugía en el Hospital General, primero en el pabellón 7 y después en la unidad especializada. Ahí, como en Nutrición y en Cardiología formó escuela, y al retirarse dejó en manos perfectamente capaces la continuación de su obra. Trabajador infatigable cuando, por cumplir la edad reglamentaria se le retiró la jefatura del servicio de neurocirugía del Hospital General, sé que no mostró pena ni acritud; pensó con seguridad que podría encontrar otro objetivo en su vida profesional y que, como todos los anteriores, éste no estaría desproporcionado ni con sus medios ni con sus facultades.

En algún momento se le criticó que monopolizaba las plazas de cirugía en las nuevas instituciones formadas en los años cuarenta pero, de hecho, no fue él quien buscó esas encomiendas sino los directores de los institutos quienes lo llamaron.

A lo largo de su vida la cirugía ha sufrido profundos cambios, y en la incorporación de muchos de éstos a México, desde 1929, Robles ha sido un promotor y un factor clave. Durante cuatro décadas fue jefe incontestado de varias especialidades a las que dio parcialmente nacimiento, y a las que marcó y orientó profundamente. Tuvo esa capacidad para vencer las dificultades que reside en unos cuantos; la capacidad para dominar la inercia en sí mismo y en los demás, lo que en la moderna terminología se llama capacidad de liderazgo; capacidad basada en la convicción de qué es lo que debe hacerse y en su compromiso para realizarlo. Pero supo matizar las cosas: tenía que incrementar la capacidad técnica propia y la de otros, sin adquirir el perfil del líder tecnócrata. De la misma manera, a pesar de que, motivado por convicciones profundas, debía preservar y transmitir un sistema firme de valores morales aplicado a la profesión, no tuvo nunca tampoco el perfil del líder predicador.

En las instituciones en que trabajó se catalizaron sus ideas, técnicas, sistemas y su actitud moral. Su mérito no se concretó en ser el primero que realizara un procedimiento, sino en establecer un esquema de trabajo, sistematizar la labor de diagnóstico, de interpretación y de evaluación, de técnica y de táctica, y

adjudicar a cada miembro del equipo una función para optimizar los resultados; y supo hacer que esas experiencias pioneras se convirtieran pronto en procedimientos de rutina.

A diferencia de muchos otros ejemplos de nuestro medio, Robles formó una escuela y supo compartir la responsabilidad con algunos de sus jóvenes seguidores, al grado de dejarlos después de algún tiempo a cargo de los servicios. Quienes pasaron por éstos poseen el distintivo de una escuela, es decir, una disciplina, una metodología y una motivación similares.

Clemente Robles ha tenido la mayor satisfacción a que pueda aspirar un profesional, y perdón por atropellar su modestia una vez más: la de ser considerado como número uno por los propios miembros de su oficio. Enhorabuena, Maestro, al cumplir 50 años en la Academia Nacional de Medicina... y a seguir sembrando la buena semilla entre sus amigos y seguidores.

### III. Clemente Robles en el Hospital General

OCTAVIO RIVERO-SERRANO\*

Hasta 1963 Clemente Robles era para mí una leyenda. La del gran cirujano general, del creador en México de la neurocirugía y después el iniciador de la cirugía cardiovascular en el Instituto Nacional de Cardiología. Su nombre despertaba en el Hospital General comentarios de gran admiración por su destreza quirúrgica. Yo no era ajeno a esta admiración colectiva. En ese año dejó de ser para mí una leyenda; le conocí y tuve la gran fortuna de trabajar con él durante dos años, dos años que fueron de intensa labor, tenaz dedicación, honesto y decidido empeño por mejorar el Hospital General desde la Dirección General del mismo, puesto que desempeñó con singular acierto.

Clemente Robles fue cirujano en varios hospitales: Juárez, de Nutrición y de Cardiología. Sin embargo, se le considera del Hospital General por distintas razones; entre ellas por la creación en 1937 del Servicio de Neurocirugía en el pabellón 19, que después pasó al pabellón 7 para contar con quirófano propio. Posteriormente logró consolidar este servicio en el pa-

bellón 32, donde en 1958 -con el apoyo del doctor Morones Prieto y del Presidente Ruiz Cortines-, dirigió la construcción de la Unidad de Neurología y Neurocirugía que ese año se inauguró. Esto, y su brillante labor como director (de 1961 a 1964) le hacen sentir al Hospital el orgullo de reconocerlo como uno de sus hombres más valiosos.

Para entender mejor quién ha sido Clemente Robles en la medicina mexicana, hay que reconocer el desarrollo de ésta después de la Revolución, como parte del renacimiento científico, literario y artístico que el país tuvo en esas décadas. Villanueva, Puig, Chávez y Clemente Robles son algunos de los representantes de la medicina de este renacimiento mexicano, que produjo en la pintura a Rivera y a Orozco; a Vasconcelos en las letras y a Carlos Chávez en la música, por citar sólo algunos ejemplos.

Estas generaciones de médicos cumplieron con éxito el encargo de Liceaga, quien en 1905 les dijo -al inaugurar el Hospital General-, que «les confiaba no un edificio sino una Institución». Y en ello comprendía la mística de la medicina mexicana, orgullosa desde un siglo atrás por su nivel académico. Estas generaciones cumplieron y además formaron otras generaciones que pudieron mantener al Hospital General en un gran nivel académico no obstante su tradicional pobreza: Montaña, Zalce, Celis y tantos más que fueron creadores de grupos cuyos alumnos nutrieron no sólo al Hospital sino que también ingresaron a otros hospitales para poner en alto el nombre de esa institución.

No creo prudente detenerme a analizar la labor del doctor Robles como cirujano; en esta ocasión otros cirujanos que trabajaron cerca de él en este menester lo harán. Sólo digo que las veces que le ví hacerlo no pude dejar de admirar su destreza, finura de movimientos y limpieza; pero, sobre todo, el conocimiento de los problemas y la inteligencia para resolverlos.

Me importará entonces relatar como lo ví trabajar como Director, cuando laboré con él durante 1963 y 1964. Para ello convendría recordar cuáles eran las condiciones generales del Hospital General, que el doctor Robles recibió al comienzo de 1961.

En 1955 se celebró el cincuentenario del Hospital General, con la asistencia del Presidente Adolfo Ruiz Cortines, del Secretario de Salubridad Morones Prieto y del Rector de la Universidad Nabor Carrillo. El director del Hospital, doctor Flores Espinoza, intentó resaltar la importancia de éste con cifras de asistencia médica y quirúrgica, y Guillermo Montaña -con un hábil discurso-, dio cuenta de logros en la formación de escuelas

\* Ex presidente. Academia Nacional de Medicina.

médicas, de investigación clínica y de los esfuerzos de superación académica. Pero ambos discursos coincidieron en un punto: en señalar las condiciones de miseria -aunque no de pobreza-, en que era administrado el Hospital, y en recalcar que no obstante ello se trabajaba intensamente, en algunos casos con gran calidad.

Con la planeación del nuevo Centro Médico, que la Secretaría de Salubridad construyó vecino al Hospital, mayor fue el desinterés por mejorarlo, de tal modo que quienes soñaban con pasarse a esta nueva institución recibieron un duro desengaño cuando, ya a punto de instalarse en ella, fue vendida al Instituto Mexicano del Seguro Social.

Recuerdo las caras largas y la depresión de mis maestros de entonces: tenían que volver los ojos al viejo Hospital General y sacarlo adelante. Decidieron entonces buscar un líder que fuera capaz de emprender la titánica tarea de rehabilitar físicamente este hospital, y de hacer comprender a las autoridades y a los médicos que ahí se podía seguir tabajando, curando enfermos y formando nuevos médicos. Se lo ofrecieron al doctor Clemente Robles y él aceptó el reto.

Había zonas del Hospital que casi estaban en ruina por falta de mantenimiento; el suministro de medicamentos y materiales para procedimientos de diagnóstico era escaso y tardío; había grupos muy buenos, pero también los había mediocres; el sindicato de trabajadores del hospital se había convertido en una pesadilla: pretendía un gobierno paralelo al gobierno de las autoridades y había... pobreza, siempre pobreza. Relata un cronista del Hospital que cuando el doctor Eduardo Liceaga le enseñaba los planos de éste al Ministro de Fomento de Porfirio Díaz le dijo el funcionario: «muy bonito doctor... pero nunca habrá dinero suficiente para mantenerlo».

Así enfrentó Clemente Robles el reto, y en cuatro años rehabilitó físicamente el Hospital General.

Como buen médico lo primero que hizo fue un buen diagnóstico y planeó un tratamiento. Robles no es uno de esos hombres que van por la vida sin un plan definido. Hombres así no siempre llegan hasta donde quieren llegar, pero saben a dónde quieren ir. De tal forma el doctor Robles llegó a la Dirección con un plan de trabajo y le dio prioridades: rehabilitar físicamente el Hospital, presionar a las autoridades para que le dieran el dinero suficiente para manejarlo con un nivel digno, apoyar más a los grupos médicos que trabajaban mejor, y combatir la corrupción y la usurpación de funciones por parte de la fracción sin-

dical. Se trataba de una tarea colosal, pero Robles era todo un hombre para emprenderla.

El programa de reconstrucción física fue todo un éxito; baste decir que en los cuatro años que fue director llevó tres veces al Presidente López Mateos y al Secretario Alvarez Amézquita a inaugurar obras; es justo reconocer que ambos le dieron pleno apoyo para este programa.

En 1963 se inauguraron los nuevos quirófanos, el comedor central, el pabellón 28, los servicios de consulta externa, medicina interna, alergia, y los nuevos de ginecología y pediatría, cardiología y cirugía cardiovascular. Un año antes había rehabilitado la casa de máquinas, las redes de agua y drenaje, la Unidad de Neumología y otros. Según sus palabras de entonces, llegaba en 1963 a 70 % el avance de lo que consideraba necesario rehabilitar.

En la siguiente visita del Presidente en 1964, poco antes de terminar su período de gobierno, entregó los laboratorios generales, los servicios de medicina preventiva, otorrinolaringología y oftalmología, así como el laboratorio de la Comisión de Energía Nuclear. Su programa de rehabilitación física fue así terminado.

Su proyecto de apoyar a los grupos más productivos en lo asistencial y en lo académico también permitió que diversos grupos pudieran consolidar esfuerzos en lo asistencial, en el terreno de la enseñanza y de la investigación clínica. Por eso los grupos de mayor nivel académico brindaron apoyo a sus directrices de gobierno, hasta el final de su gestión.

Hablamos de un hombre que es parte de la historia de México; por eso no debo rehuir hablar del conflicto en el último año de su gobierno y dar mi versión de como lo viví.

El empuje de los dos primeros programas, que beneficiaron más a unos grupos que a otros, y el tratar de imponer orden en algunos grupúsculos no habituados a la disciplina, dio por resultado que éstos establecieran una alianza temporal con los líderes sindicales para atacar a la administración del doctor Clemente Robles. Lo atacaron difundiendo rumores contrarios a su programa de rehabilitación física. Pero fue esta una mala táctica, pues el programa estaba planeado, dirigido y supervisado por la propia Secretaría de Salubridad, y en el caso de algunas obras que se hicieron con donativos que él consiguió, la institución bancaria más prestigiada en ese momento en el país realizaba una auditoría semanal. De tal manera que podían haberlo atacado por cualesquiera otro motivo, menos por esta razón.

desplegó una miscelánea de quejas en la que resultaba claro que el común denominador en ellas era que no toleraban que el Hospital estuviera rectamente gobernado, y que hubiera supervisión y presión para trabajar más y mejor.

En tales circunstancias conocí el aspecto que más me ha impresionado de la recia personalidad de Clemente Robles. En sesiones de horas frente al grupo opositor le ví utilizar su inteligencia para, con un análisis sereno y preciso, sintetizar después y destruir argumentaciones falaces una tras otra sin fatiga; casi diría yo, gozando con el uso de su inteligencia. Sin duda ganó en el terreno de las discusiones, apoyado por el más selecto grupo de médicos del Hospital, que le llevó a terminar su segundo período (entonces de dos años de duración cada uno) como director de éste, a finales de 1964.

Es justo recordar a los doctores Martínez Cortés y Alvarez Ilerena, quienes como presidentes de la Sociedad Médica le apoyaron sin reservas, al comprender que si se ganaba esta batalla se elevaría el nivel médico del Hospital.

No puedo dejar de mencionar que así como quienes lo conocieron en el ejercicio de la cirugía -que es el terreno en el que más se le admira-, yo tuve la oportunidad tan enriquecedora de tratarle en otra faceta de su personalidad, por lo cual insisto en los aspectos que desde entonces le he admirado; lo considero un hombre inteligente, con una gran capacidad de análisis y síntesis ante los problemas, como pocos he conocido. Además, constituye uno de esos escasos hombres que -como decía José Vasconcelos-, son capaces de realizar las dos tareas fundamentales ante un problema: pensar y hacer. Pocos como él han podido pensar y tener la capacidad para llevar a cabo lo planeado.

Tal ha sido la personalidad del doctor Clemente Robles: una gran capacidad para el trabajo disciplinado, tenaz hasta la terquedad, audaz, justo y honesto no sólo en su trabajo sino en su pensamiento. Quiero decir, para quienes no tengan la fortuna de haber charlado mucho con él, que es un placer oírle hablar de historia de México, sobre todo de su historia política.

Ahora que le rendimos un homenaje de admiración y reconocimiento, quiero decirle que muchos médicos le admiramos como cirujano, como funcionario, como hombre justo y valiente. Todos los reunidos le deseamos salud y aun una vida larga, con la satisfacción del deber cumplido ante los enfermos y ante los médicos del Hospital General.

## IV. Palabras de agradecimiento del doctor Clemente Robles al término del homenaje ofrecido en sus cincuenta años de académico

Mis primeras palabras quiero que sean de agradecimiento a la Academia y al doctor Francisco Durazo, su presidente, por el homenaje que hoy hacen en mi honor en esta sesión. Sin falsas modestias, puedo asegurarles que este homenaje me abruma y lo considero muy superior a lo que en mi labor pudiera haber merecido.

Mi mérito ha sido trabajar sin descansos y hacerme viejo, de tal modo que lo que se festeja es mi edad. ¡Muchas gracias por ello!

Debo decir que todo lo que yo he logrado no lo hubiera podido hacer, si no hubiera contado con la colaboración, con el apoyo decidido, con la enseñanza y con la guía de muchas personas que han influido grandemente en el desarrollo de mi personalidad. Antes de nada, deseo rendir un homenaje a estas personas porque son ellas las que en realidad han trabajado; sin su ayuda y sin su guía, poco hubiera podido hacer.

Entre mis maestros deseo señalar en mi primer lugar, al profesor don Isaac Ochoterena, Director del Instituto de Biología de la UNAM, biólogo que formó un grupo de discípulos al cual tuve el honor de pertenecer; el maestro Ochoterena nos enseñó que la naturaleza tiene un plan uniforme de desarrollo, de evolución, que es algo ininterrumpido, que se sigue haciendo y que nosotros no somos simplemente espectadores sino protagonistas de ella.

Otro de mis grandes maestros fue don Fernando Ocaranza; primero profesor de fisiología, después director de la Facultad de Medicina y más tarde rector de la Universidad. El maestro Ocaranza impulsó lo que él llamó el pensamiento fisiológico, demostró hasta la saciedad que más importante que las lesiones son las alteraciones funcionales que preceden a la aparición de cambios morfológicos demostrables microscópicamente y que es este período el que debe aprovechar el médico para tratar al enfermo antes de que las lesiones sean irreversibles. Este es el fundamento de lo que actualmente son las Unidades de Terapia Intensiva.

Gran maestro fue para mí el doctor don Eliseo Ramírez. Don Eliseo poseía un talento extraordinario, diría yo genial: era cirujano pero más que cirujano fue investigador, fue el primero que demostró la correlación funcional entre el folículo del ovario y la citología vaginal, correlación que ahora se estudia con el nombre de Reacción de Papanicolau. El mismo Papanicolau reconoció que antes que él la había descrito el doctor Eliseo Ramírez.

Don José Torres Torija, Director del Hospital Juárez, profesor de segundo curso de clínica quirúrgica y medicina legal en la Facultad. Llevó a cabo en 1926 la reorganización y reestructuración del Hospital Juárez que antes se encontraba en las más lamentables condiciones. El maestro Torres Torija fue un hombre bondadoso, de criterio muy amplio, ayudó a muchos jóvenes a formarnos.

Aprendí a operar al lado de don Rafael Vargas Otero, cirujano del Hospital Juárez que se distinguía por dos cualidades: primero, por la profundidad de sus conocimientos anatómicos y, segundo, por su habilidad técnica en el desarrollo de las operaciones. Me enseñó dos cosas fundamentales, que el cirujano debe conocer la anatomía quirúrgica, la anatomía que va a ser útil en el curso de la operación, de una manera minuciosa y prolija, que no se puede ser buen cirujano si no se es buen anatomista; además algo muy importante: perderle el miedo a la sangre.

Posteriormente otras personalidades ayudaron y favorecieron el desarrollo de mis estudios. El señor doctor don Enrique Hernández Álvarez, era un médico pueblerino que después fue político en el Estado de Guanajuato; llegó a gobernador y siendo gobernador tuvo un problema serio con el presidente Calles; no era posible tener problemas con Calles porque inmediatamente enviaba al ejército. Tuvo que huir en vísperas de tener un encuentro que se suponía iba a ser sangriento entre el Ejército Federal y la milicia del Estado de Guanajuato. Calles lo persiguió con saña pero merced a la ayuda de sus amigos, Hernández Álvarez pudo eludir la persecución del tirano y más tarde cuando el Jefe Máximo cayó y llegó a la presidencia el general Lázaro Cárdenas, éste se acordó que había habido un hombre íntegro, un político de mucho valor y lo llevó a ocupar primero la presidencia de la Junta Directiva de Beneficencia Pública y posteriormente la Secretaría de Asistencia (ya existía la de Salubridad; después ambas se fusionaron en una sola institución).

Cerca del doctor Hernández Álvarez había otra

personalidad de relieve, el doctor don Javier Ibarra, profesor de técnica operatoria en la Facultad, que en el año de 1911 practicó por primera vez, en México y en muchas otras partes del mundo, la sutura de una herida del corazón. Esto le valió un premio de la Academia de Medicina de París. Don Javier influyó mucho en el ánimo de don Enrique para que me dieran una beca y fuera a estudiar a Europa, pero no se podía hacer esto, si no era con el consentimiento de la Junta Directiva de la Beneficencia, que estaba formada por las siguientes personas: don José López Lira, el ingeniero Octavio Medellín, don Epigmenio Ibarra, don Manuel Pesqueira y don Aquiles Elourdy. Hubo necesidad de obtener además el acuerdo del presidente Lázaro Cárdenas. Con esta ayuda marché a Europa para hacer los estudios de postgrado y a mi regreso fui primero al Hospital Juárez y posteriormente me transfirieron al Hospital General.

En el General recibí la ayuda del doctor Ignacio Chávez, con la cual pude establecer el primer Servicio de Neurocirugía en el país en 1937. Recibí también la ayuda del doctor Gustavo Baz, que fue Secretario de Salud Pública en el período siguiente, siendo ya Presidente de la República el señor don Manuel Avila Camacho.

Don Gustavo es una personalidad muy conocida, especialmente por sus capacidades políticas y también como eminente cirujano. Tenía como colaborador al doctor Raúl Fournier que fue mi jefe. Raúl era un talento singular, un hombre de clara inteligencia, de mucho humor y de gran cultura; nunca ejerció sobre mí sus funciones de jefe; siempre fuimos grandes amigos.

A mi llegada al Hospital General, era natural que yo viera a los grandes cirujanos de la época, entre los cuales me impresionó especialmente el doctor Manuel Castillejos. Don Manuel era el jefe del pabellón 14 y había creado una escuela de ginecología extraordinaria por su capacidad técnica y de organización. Fue de los primeros presidentes de la Academia de Cirugía; juntos él y don Gonzalo Castañeda fundaron la Academia de Cirugía.

Personalidad que me ayudó también mucho en esa época fue don Ignacio Morones Prieto, quien fue primero Secretario de Salubridad y después jefe del Instituto Mexicano del Seguro Social. Yo me acerqué a él para que nos ayudara a construir un pabellón mejor que el que teníamos en el antiguo pabellón 7. Con su ayuda se construyó el pabellón 32, que fue inaugurado el 18 de noviembre de 1958 con la asistencia del Presidente de la República. A este servicio se le



denominó Unidad de Neurología y Neurocirugía del Hospital General.

Más tarde recibí ayuda de parte del doctor J. Alvarez Amézquita, Secretario de Salubridad y del doctor Javier de la Riva, quienes influyeron en el ánimo del Presidente de la República, licenciado Adolfo López Mateos, para que se me nombrara Director del Hospital General.

Al Hospital Infantil me llevó a trabajar, y debo recordar con cariño su nombre, del doctor Federico Gómez Santos, su fundador.

Más tarde, cuando ya había pensado que debería dedicarme como actividad principal a la investigación, tuve que buscar el apoyo de otras personalidades para desarrollar mis trabajos. Debo mencionar aquí al doctor Mario Calles y López Negrete, primero como Subsecretario de Salubridad y después como Secretario; me apoyó decididamente y gracias a él se pudo realizar el trabajo sobre el Praziquantel en el Instituto de Enfermedades Tropicales.

Cuando hubo que llevar al primer enfermo a tratamiento a un hospital, ya sabíamos que el Praziquantel mejoraba a los cerdos, pero todavía no teníamos un conocimiento exacto de lo que podía suceder en el ser humano. El primer enfermo debía ser internado en algún hospital para seguirlo de cerca. Con gran sorpresa mis amigos, o mejor dicho «mis enemigos íntimos», como los llamaba el doctor Fournier, me negaron la cama y no podía encontrar lugar en donde internar al enfermo; entonces me ayudó el ingeniero Francisco Merino Rábago quien autorizó que se internara en el Hospital Mocely la Secretaria de Agricultura pagó los gastos de dicho internamiento.

Cuando el Hospital de Enfermedades Tropicales fue cerrado en su sección clínica, entonces tuve que buscar el apoyo de otras personas para continuar mis trabajos. Un viejo colaborador, el doctor Fernando Rosales, era amigo muy íntimo del doctor Lauro Ortega Martínez, que también lo era de mi. Don Lauro, gobernador del Estado de Morelos, me abrió las puertas y las arcas de éste y empezamos por fundar allí un centro que se llamó Centro de Control y Profilaxis de la Cisticercosis en el Estado de Morelos, que funcionó primero en la ciudad de Cuernavaca y actualmente lo hace en el pueblo de Atlacholoaya.

Personalidad que ha tenido un influencia decisiva en mi manera de pensar en los últimos tiempo, es Monseñor Jirolando Prigione, arzobispo de Lauraco y primado Apostólico de México, quien influyó en el Papa, su santidad Juan Pablo II, para que éste me nombrara su asesor y Oficial de la Pastoral Sanitaria.

¿Qué cosa es la Pastoral Sanitaria? Su santidad el Papa, que es un eterno viajero, en alguna ocasión llegó a una nación de África, que se llama Upper Volta o Bourkina-Faso y allí observó escenas de tal miseria que quedó profundamente impresionado. Posteriormente un colaborador muy cercano, el arzobispo de Nueva York, Monseñor O'Connor vio lo mismo en Etiopía y los dos coincidieron en que a partir del momento en que presenciaron esas terribles escenas de miseria, su vida había cambiado, su espíritu se había conmovido profundamente y decidieron que la Iglesia se empeñara en una nueva cruzada apostólica; no para promover la fe, sino para mejorar la salud de todos los pueblos sin distinción de credos religiosos, de color de la piel, o de alguna otra variable. Se fundó así la Pastoral Sanitaria. Yo tuve el honor de ser designado Oficial de ésta, y posteriormente les voy a relatar a ustedes la influencia que esto ha tenido en mi manera de pensar.

Debo dar las gracias al doctor Manuel Adrianza, Secretario de Salud Pública de Venezuela, por haberme otorgado una condecoración de esa República.

Debo señalar al doctor N. Cancino Casahonda, Presidente Municipal de la ciudad de Tuxtla Gutiérrez, Chiapas, porque influyó para que el gobernador Sabines Gutiérrez me concediera el Premio Chiapas.

Respecto a mis compañeros deseo recordar que nosotros pertenecemos a una generación privilegiada como fue la del 29. Está encabezada nada menos que por una personalidad política de primer orden que fue el presidente Miguel Alemán. Al lado del presidente Miguel Alemán figuran muchas personas que colaboraron con él en su gabinete, como el licenciado Angel Carbajal. De esta época, de la generación del 29, deseo mencionar entré los ingenieros a A. Orive Alba, al ingeniero Antonio Dovali Jaimes, a Gilberto del Arenal, a Miguel Jinich y a César Jiménez. Entre los juristas destacan el licenciado Ignacio Medina Lima, profesor de derecho procesal en la Escuela de Derecho y una autoridad reconocida internacionalmente, y el licenciado Alejandro Gómez Arias, quien influyó grandemente para lograr la autonomía de la Universidad. Entre los artistas está Frida Kahlo; entre los escritores Carlos Pellicer y entre los arquitectos Pedro Ramírez Vázquez. Este fue el grupo de compañeros de la Escuela Nacional Preparatoria.

Ya en la Escuela de Medicina, también hubo compañeros que influyeron grandemente en mi manera de pensar; dentro de estos hay que señalar a Fernando Trueba, martir que murió en el Hospital General en

donde contrajo la viruela. Al doctor Luis Vargas que es un sabio que ha orientado la campaña antipalúdica en México; tuvimos un poeta que es el doctor Elías Nandino y al lado de ellos, una pleya de compañeros: Magin Puig Solanes que ha fundado en el pabellón 1 del Hospital General una escuela de oftalmología; Carlos Coquí, que empezó a trabajar la radiografía moderna; Mario Fuentes, que influyó en la psiquiatría; otros fueron más cercanos a mí como Miguel Lavalle Martínez desde las épocas del Hospital Juárez, Julio Ornelas, que tengo el gusto de que se encuentre aquí entre nosotros, Lázaro Pavía, Fernando Perera Castillo, Felipe Salazar, Alberto Enriquez, Jerónimo González, Carlos Fernández y otros muchos más. Tuvimos también un religioso, el reverendo padre Alberto Valenzuela, quien abandonó los estudios para dedicarse al sacerdocio, pero que de todos modos pertenece a nuestra generación.

José de Lille, junto con Alfredo Lejarza, más que compañeros, han sido como mis hermanos a lo largo de toda mi vida.

Entre los colaboradores de las épocas del Juárez mencionaré a Gilberto Sousa y a Mario García. De las épocas del General a Ramón del Cueto D., a Teodoro Guzmán Páez, a Roberto Gamboa Acosta, a Francisco Durazo que es hoy el presidente de la Academia de Medicina, a Manuel Carbajal, a Carlos Serrano Pinot, a Jorge Solís, a Genaro Pliego, a Fernando Quijano Pitman y a Patricio Benavides.

Entre de los anestesistas tuvimos dos estrellas: Martín Maquivar y Margarita Mariscal, y a Roberto Cejudo en los problemas de transfusión sanguínea. En la cirugía infantil, a Francisco Cisneros. En las labores al frente del Hospital General, tuve el honor de contar con la colaboración de tres distinguidas personas, Everardo Ortiz de Montellano, Octavio Rivero Serrano, que me ha hecho el favor de dirigirse a ustedes en esta ocasión y a Lauro Vivaldo que fue nuestro Subdirector Administrativo.

Posteriormente en Tropicales mi brazo derecho fue Noé Vargas Tentori, al lado de las doctoras Ana María Serrano y Sonia Galindo Virgen. El doctor Felipe Arzate fue un magnífico intermediario para conseguir de los laboratorios Merck el medicamento Prazinquantel. Merck de México nos lo dio gratuitamente durante todo el tiempo que duró el estudio; pedimos primeramente lo necesario para estudiar 50 casos y llegamos hasta 750.

Otros colaboradores fueron Rafael Muñoz K., Jaime Dorfman y Manuel Fierro.

El doctor Jorge Albores, profesor de patología en la Universidad de Miami, U.S.A., se sirvió traducir al inglés mi trabajo.

Quiero manifestar mi gratitud a Guillermo Santfín, Héctor Quijano Méndez, Jorge Escoto, Manuel Quijano N. y José Garreta.

De la época de Cardiología hay un grupo de cardiólogos que encabezaría con el nombre de Demetrio Sodi Pallares, quien es un extraordinario investigador en el terreno de la electrocardiografía y un clínico muy destacado; desgraciadamente mal comprendido por sus compañeros cardiólogos.

También fueron colaboradores, amigos y consejeros Salvador Aceves, Narno Dorbecker, Enrique Cabrera, Manuel Vaquero, Javier Robles Gil, Felipe Mendoza y R. Méndez.

Al doctor R. Solís Quiroga debí muchas atenciones y muchos favores; y qué diré de mis médicos Leonardo Zamudio y Daniel Ariza. Leonardo Zamudio me ha hecho dos magníficas operaciones, gracias a las cuales me encuentro todavía aquí entre ustedes. Muchas gracias, doctor Zamudio.

Entre mis amigos debo mencionar al ya citado doctor Ignacio Medina, a Agustín Chardi y a la señora Consuelo Ripstein de Jinch; el hogar de la familia Roel, constituido por el licenciado Ernesto Roel y por su distinguidísima esposa, doña Evita Paniagua de Roel, fue para mí refugio en una época difícil. Me adoptaron diría yo, me sentía allí como en mi casa, me llenaron de atenciones y consideraciones que en realidad no merezco y por las cuales también debo manifestar mi gratitud.

Con la señora Cecilia Roel de Barra he tenido una gran amistad. En momentos difíciles en que había incertidumbre acerca del medicamento *prazinquantel*, cuando ya teníamos el fármaco y al enfermo, en que lo que faltaba era la decisión para usarlo me encontré *-mutatis mutandis-*, en una situación similar a la que enfrentó Pasteur con la vacuna de la rabia, cuando ya tenía ésta y había llegado el enfermo (Joseph Meister), pero no se sabía que le iba a pasar con la aplicación de la vacuna. Pasteur, que era un devoto católico relata que pasó varias noches sin dormir hasta que por fin se decidió a usar el medicamento.

Algo similar me pasó a mí; a la señora Cecilia le platicué mis penas y entonces me dijo: «úselo, no tenga miedo». Esto parece que no es nada; fue, sin embargo, un acicate, algo extraordinario que me hizo pensar: pues si esta señora que tiene tan buen sentido común piensa que lo debo usar, ¿por que no lo voy

a hacer? Lo hice, y los resultados que obtuve fueron favorables.

Entre mis amigos debo mencionar también al licenciado E. Mata y señora, a don César Lozano y señora y también a los doctores Carlos Pacheco, Nenidia Badillo y Alejandro Fujiyaki, colaboradores del señor doctor Jesús Kumate, quien nos está ayudando en la realización de trabajos de investigación y profilaxis en el Estado de Hidalgo, y en la organización de un Congreso de Medicina Rural.

Hay que señalar también que a lo largo de esta peregrinación hemos tenido la ayuda valiosísima de un grupo de enfermeras; sería una ingratitud no mencionarlas. Por orden cronológico son las siguientes: María Elena Hernández, Josefina Fuentes, Consuelo Sánchez, Consuelo Vázquez, Guadalupe Lemus, Esperanza Arce y Rebeca Vidal Moreno, que se encuentra aquí presente. Todas ellas colaboraron de una manera eficaz en las épocas difíciles.

Diremos algo ahora del significado de esta reunión académica. Se celebran 50 años de que pertenezco a la Academia Nacional de Medicina; 50 años durante los cuales se ha transformado la medicina en México y en el mundo entero.

¿Cuáles son los cambios generales más importantes que ha habido? La medicina se ha vuelto institucional, la cirugía y la obstetricia ya no se hacen más que dentro de los hospitales; la práctica privada de la cirugía se realiza únicamente dentro de los hospitales y cada día la vida institucional es lo más importante; además, el gobierno de la República, desde la época de Cárdenas, reconoció como una obligación del Gobierno Federal la atención de la salud del pueblo mexicano y esto pasó a rango constitucional; esto ha sido un adelanto extraordinario. Cuando esto sucedió yo me pregunté ¿de dónde van a salir los elementos, de dónde van a sacar el dinero para hacer esto? Pues bien, el dinero ha ido saliendo poco a poco y nosotros hemos asistido después de la aparición de la medicina social con el IMSS, el ISSSTE y otras instituciones similares, que velan por la salud del pueblo mexicano y que en realidad constituyen un adelanto social de primer orden en nuestro país.

En el terreno de la salud, también han habido acontecimientos extraordinarios. Se ha erradicado la viruela, la primera plaga, el primer azote de la humanidad que ha sido erradicado del planeta; se espera que otras sigan después, como la poliomiéltis, el paludismo y el tifo exantemático. Se han mejorado notablemente las estadísticas en la atención de enfermedad infec-

tocontagiosas y transmisibles como las enfermedades respiratorias, la tuberculosis y las del aparato digestivo; estos éxitos se revelan de una manera elocuente en el aumento de la población; cuando yo estudié en la escuela primaria, México era una hermosa república con 14 millones de habitantes. Actualmente, según el último censo, tiene 82 millones; es decir, se ha sextuplicado la población. Esto no hubiera sido posible, sin una gran eficiencia en los servicios de salud y en los servicios médicos, que a todos nosotros podría llenarnos de orgullo.

Esta reunión de hoy en que se celebra mi ingreso a la Academia Nacional de Medicina, está marcada por tres fechas: el 11 de febrero de 1940, el 14 de noviembre de 1979 y el 1º de agosto de 1990. El 11 de febrero fui yo admitido en el seno de la Academia Nacional de Medicina, realizando mi sueño dorado, el sueño dorado de todo médico: llegar a la Academia, ser aceptado y entrar como dijo el maestro Castañeda, a departir con los príncipes de la medicina mexicana.

Mi trabajo de ingreso constituyó una novedad para entonces; fue una pequeña estadística de 7 casos de tumor cerebral operados con éxito; antes todos los operados se habían muerto. Los primeros 7 casos exitosos los presenté en esa sesión y la Academia me recibió y comentó mi trabajo -como ya dijo el doctor Durazo, en términos elogiosos-, el maestro Castañeda, que era una de las grandes figuras de la medicina de la época. Esta etapa representó para mí la primicia de mi servicio, fueron los primeros trabajos, era la primera vez que se hacían presentaciones públicas de trabajos realizados en México en neurocirugía, de tal modo que han tenido para mí un hondo significado.

Entre el 11 de febrero de 1940 y el 14 de noviembre de 1979, se desarrollaron principalmente mis actividades quirúrgicas. Fui principalmente cirujano, por no decir que exclusivamente cirujano; amé a la cirugía profundamente y la sigo amando.

La cirugía es un arte científico extraordinario, por varios motivos: primero por su notable eficacia, mucho más certero que los tratamientos de medicina interna pero es más peligroso, esto es cierto; pero mientras no avance la medicina lo suficiente, seguirá habiendo cirugía con todos sus peligros.

Además de que es un arte científico es una bella arte. ¿Por qué es una bella arte? Lo es por el valor plástico de las operaciones, observar el cuerpo humano, ver la obra de Dios en funcionamiento, tenerla entre las manos, es una cosa verdaderamente emocionante y grandiosa, además de eso, las bellas artes se carac-

terizan porque son creadoras y la cirugía es creadora, ¿qué crea la cirugía? crea salud y felicidad, las cosas más elevadas a que puede aspirar el espíritu humano ¡salud y felicidad!, es una bella arte porque lleva además un mensaje de belleza, de carácter y de servicio al prójimo.

También debo referirme a otros aspectos, la cirugía le provoca a uno grandes satisfacciones, el cirujano siente que es capaz de curar, que es capaz de hacer las cosas y entonces su personalidad se exalta, se siente como si viviera en un pedestal, un pedestal que le permite ver al mundo, como decía el maestro Castañeda un poco de arriba para abajo, y que además de eso, tiene una importancia mucho más grande y una trascendencia espiritual especial se significa por un hecho muy importante, ennoblecce el espíritu, forma el carácter y la personalidad, entonces nosotros no podemos hablar de la cirugía más que en estos términos elogiosos en que lo estoy haciendo; pero también tiene su lado negativo, su lado negativo son los fracasos, las profundas depresiones que el cirujano sufre cuando se ve enfrentado de circunstancias irremediables, entonces ronda el complejo de culpa y se pone uno a pensar; ¿no será yo el culpable de lo que ha pasado? A este respecto recuerdo a nuestro maestro de operaciones, don Darío Fernández, que cuando perdía a un enfermo, se sentaba debajo de una palmera que está enfrente del anfiteatro de operaciones del Hospital General y en esa banquita se ponía a llorar, y lloraba y lloraba durante varios días, hasta una semana en alguna ocasión. Esa tremenda depresión, esa melancolía grande del maestro únicamente se aliviaba cuando aparecía por allí la doctora Irene Talamás, que era su alumna predilecta y la voz cantarina y alegre de Irene lo sacaba de aquella honda cuita. Es verdad, cuántas veces la mano cariñosa de una mujer lo saca a uno de los apuros más grandes y de las situaciones más difíciles.

La cirugía tiene también otro inconveniente, y este es el más grande de todos: el cirujano se siente casi Dios, siente que es capaz de curar, cree que es el árbitro de la vida y de la muerte y esto queda ejemplificado en una forma muy clara en la operación del trasplante cardíaco. Al donador, al pobre donador del trasplante cardíaco no se le da la oportunidad de decir si quiere hacer la donación o no quiere hacerla, y no la tiene por la sencilla razón de que se encuentra en estado de coma o está inconciente! La resolución la van a tomar los familiares cuando no están, un «comité de expertos», que va a decidir de la donación de un órgano vital fundamental para el donante y para

la otra persona, se convierten así los médicos y los cirujanos en los árbitros de la vida y de la muerte, es decir, este va a morir para que viva este otro, o quizá para que viva porque tampoco se tiene la seguridad de que va a vivir. Esto trae como consecuencia una grave deformación de la personalidad sobre todo en las personas poco maduras. Se exalta la personalidad del cirujano singularmente, se cree Dios o muy cercano a El; es Superman pero en realidad con un poquito de observación y de pensar las cosas, se tiene que convencer que no es ni siquiera Supermouse.

Otros aspectos importantes de la cirugía, y esto hay que señalarlo, es que ejerce atracción muy grande sobre la juventud. Los jóvenes quieren ser cirujanos, les interesa la cirugía, se sienten atraídos por ella, aman el riesgo, aman el peligro pero no aman los trabajos duros que se necesitan para ser cirujano, la cirugía es una amante terrible, exige mucho, el cirujano tiene que ser a tiempo completo, no puede ser de otro modo, a tiempo exclusivo, no tiene más que pensar en la cirugía y pensar en la cirugía, entonces el cirujano se va metiendo en un hoyo cada vez más grande que le impide ver muchas veces las cosas que suceden arriba. Estos inconvenientes hay que señalarlos porque después voy a decir qué importancia han tenido para mí.

La segunda fecha de mi trabajo, el 14 de noviembre de 1979, corresponde a la presentación en esta Academia del primer enfermo tratado con praziquantel y curado con éxito de cisticercosis cerebral. Entonces comprendí que era necesario hacer labor de investigación, había que dejar un poco la práctica de la cirugía, ya era bastante de operaciones y de quirófanos, había que emprender la investigación científica del nuevo fármaco; ya mis maestros que mencioné al principio se habían enojado en aquellas épocas porque yo había abandonado la investigación y me había metido de lleno a la cirugía; el maestro Ochoterena en alguna ocasión me dijo: «oiga, nosotros lo hemos preparado a usted para el nivel más alto pero a usted le gusta uno de abajo; bueno, pues allá usted, pero la cirugía no tiene el nivel de la investigación, pero si alguna vez usted quiere hacer investigación, trate, porque yo creo que usted puede hacerla».

Empezamos a trabajar con el praziquantel desde entonces y creo que hemos encontrado un tratamiento específico de la cisticercosis; antes de nuestros trabajos no había tratamiento médico específico de la cisticercosis, actualmente ese tratamiento existe; que existan otros que sean mejores o que sean más baratos, eso está por ver, pero lo cierto es que ahora hay un arma

muy importante mucho más importante que la cirugía, a veces se complementa con ella pero que en la mayor parte de los casos da resultados mejores porque la cisticercosis es una enfermedad sistémica, bilateral y generalizada, por ello no es posible hacerle muchas operaciones al mismo enfermo.

Nuestros primeros pasos, como ya dijimos, fueron de incertidumbre, pero poco a poco se han ido afianzando. A estas alturas yo podía decir que el procedimiento del Praziquantel se ha impuesto porque es un procedimiento usado en todas partes del mundo; no es como otros medicamentos que se dice que son buenos pero únicamente en las manos de su autor y fuera de estas, nadie los usa. El praziquantel es un procedimiento de uso universal, este es el reconocimiento que a mí me basta. No nos quedamos simplemente en la práctica de la cirugía sino que logramos añadir un ápice al conocimiento. Esto es lo que yo quiero señalar respecto a la segunda fecha.

La tercera fecha corresponde al día de hoy; es la de las reflexiones, primero mucha cirugía y después algo de investigación, pero hay que hacer reflexión de lo que ha pasado. Cincuenta años son muchos años; 83 años de edad son muchos años; 61 años de médico son muchos años; hay que reflexionar sobre lo que hemos hecho.

Esta reflexión me ha venido con motivo del nombramiento de su santidad el Papa, quien tuvo la bondad de otorgarme su confianza, y posteriormente por la invitación que me hizo para asistir al 5º Aniversario de la fundación de la Pastoral Sanitaria. Esta reunión se efectuó en Roma en febrero de este año, y el Sumo Pontífice no sólo me invitó sino que me pagó el viaje, cosa verdaderamente insólita y extraordinaria y que todavía no sé si fue la Virgen de Guadalupe o quién me hizo el milagro, pero lo cierto es que el milagro se hizo, yo estuve allá entonces of de voz del Papa, del Cardenal O'Connor y de otras muchas personalidades lo que les he dicho, que cuando vieron las terribles escenas de Bourkina-Faso y de las desoladas llanuras de Etiopía, se conmovieron de tal modo que su vida cambió.

Yo me puse a pensar aquí, no es necesario ir ni a Etiopía ni a Bourkin-Faso; basta con ir a Ixmiquilpan y ver lo que pasa allí; el Valle del Mezquital, la zona agrícola más grande del mundo, regada por aguas negras. Nosotros les mandamos los excretas de la gran ciudad, sin tratamiento, ahí hay un auge agrícola y económico, las gentes cultivan las verduras y las verduras también sin tratamiento y hasta con materia

nos las regresan y aquí nos las comemos, icosa extraordinaria!, pero todavía más, si es verdad que esto sucede a donde no llegan las aguas negras es todavía peor, allí las gentes viven en las condiciones de miseria más grande, de pobreza más absoluta, carecen de todo, entonces yo me puse a hacer las reflexiones mismas que se hicieron Su Santidad y el Cardenal O'Connor.

Es verdad lo que hemos pensado los cirujanos, que nosotros somos las grandes figuras, que somos los campeones de la medicina, únicamente porque hemos tenido éxito y el éxito nos ha vuelto ciegos y no nos hemos dado cuenta que las grandes instituciones médicas actualmente no resuelven más que 20 % de los problemas de salud pública, y 80 % se queda en el tintero; los enfermos no llegan a las instituciones, y si llegan no pueden ser tratados por falta de elementos, por falta de dinero. Así pues, ¿quiénes son los vencedores y quiénes son los vencidos? Son los vencedores los que se creyeron campeones de la medicina, los que se creyeron muy cerca de Dios, los que se creyeron que eran los árbitros de la vida y de la muerte, o mejor: son los vencidos, porque se dejaron alucinar por la economía de consumo, por los cantos de las sirenas de la radio y la televisión; de los medios masivos de comunicación, y sobre todo por el éxito económico.

Que una persona haya alcanzado éxito no lo mejora, y en cambio han dejado de cumplir con un deber sagrado. La Iglesia resolvió hacer la Pastoral Sanitaria porque aunque desde Cristo ha venido cumpliendo con la misión de atender a los enfermos pobres y ese es un hecho innegable, también es un hecho innegable que lo ha realizado brillantemente; también es un hecho que no ajustan los elementos y que el Papa mismo consideró que era necesario hacer una nueva Cruzada.

Entonces, ¿por qué nosotros, o yo que he sido llamado a esta Cruzada, no participamos más activamente?, ¿por qué no tomo un papel más decisivo?, ¿por qué no me olvido de que me creí la gran figura de la cirugía, con todo lo que estos señores han dicho, y que es verdad sólo en parte muy pequeña, pero que en gran parte no lo es porque he estado con los ojos cerrados a lo que está pasando, a la tremenda miseria en nuestro país?

Entonces me he puesto a meditar y reflexionar, en esta ocasión en que se festejan 50 años de mi ingreso a la Academia, cuál es el lugar que ocupo. No me agradaría estar entre los pseudocampeones, porque ya se que esta situación es falsa, tampoco me gustaría estar dentro de los vencidos de la vida, aquellos que

se propusieron una cosa y no la realizaron porque no tuvieron el carácter, la tenacidad o la inteligencia necesaria para lograrlo, por lo cual en vez de alcanzar verdadero éxito fracasaron. Tales personas constituyen esa grey que va una vez alegre y otras más triste y, como dice el poeta: «hacia Belén la caravana pasa», pero es la caravana de los mediocres. Yo no me siento parte de esa caravana de mediocres; o creo que he

hecho lo posible por salir de ella, aunque no sé todavía si lo he conseguido.

En esta ocasión señores académicos, quisiera yo señalar a ustedes con toda honestidad cuál es mi postura: no estoy ni entre los campeones, ni entre de los vencidos; creo simplemente que el veredicto de ustedes podría resumirse en dos palabras: «pasó por aquí un hombre de buena fe».

